

vanidad que naturalmente debía despertar en su encarnación condujo fatalmente al cantor a la grandilocuencia ideológica y a la lucubración de ese género bastardo que es el filosófico-poético, al cual tan sólo redime el influjo secreto del genio.

Almafuerte—que así lo llamaremos desde ahora—aportó al antimónico engendro una sinceridad vital que le infunde fervor humano y un dejo popular y arrabalero que le otorga fuerte cariz pintoresco. En él reside la recia peculiaridad de su obra, su originalidad genuina en un período de retorcidos esfuerzos en busca de la forma literaria señera. Esa originalidad no es otra cosa que espontaneidad artificiosa, pero aun la más franca ingenuidad en el pensar y hasta la torpeza en el decir aparecen exaltadas por un don misterioso que, si no alcanza a realizarlas estéticamente, asigna sentido mesiánico a la misericordia del hombre de la masa y fuerza mística a la efusión de su alma. El seudónimo responde entonces a una verdad, que está más allá de toda consideración artística y toda especulación filosófica, pues en el milagro poético vale más la sugestión que la esencia.

Proust adolescente expresa el elogio de la mala música en virtud de los ensueños que suscita y de los besos que provoca, pero es lamentable tener que condicionar en arte la causa al efecto cuando aquélla pudo y debió ser galana. En Almafuerte el talento existía vigoroso, pero la soberbia producida por la insuflación mesiánica llevó a creer que todo era permitido a su verbo providencial y que ninguna disciplina contaba para él. El "filósofo" se indigna cuando alguien supone de buena fe que ha leído a los grandes maestros del pensamiento universal. El "vate" parece empeñarse en llevar a cabo aquello de "le beau c'est le laid", que los románticos formularon pero no practicaron, y resulta insufrible su ahinco en apelar a los miasmas del lenguaje y su proclividad a lo grotesco.

"Almafuerte era un poeta mal educado", ha tenido que admitir uno de sus admiradores, pero creemos que esa tendencia a entremezclar lo bajo con lo que se intenta excelso responde a algo fundamental que él llamaría "el fervor inevitable del patíbulo", y que nosotros denominaremos "el complejo de Job". Es ésa la paradó-

jica consecuencia de su soberbia, o, mejor aún, el doloroso efecto del mito que vivía. Este, que alteró su voz y exigió el énfasis a su obra, fue forzando también su personalidad y obligando a la ficción a su vida. En efecto, su condición suprema de bardo, de ungido del destino, lo obligó a vivir en actitudes, y ya se sabe que éstas terminan por volverse realidad. "No hay que jugar al fantasma...", decía Darío recordando un proverbio árabe. El hombre que escribe en "Confiteor Deo..."

*Yo miro al universo pasar delante
como a pelusa tonta, sin que me asombre.*

Soy profeta, soy alma, soy como el Dante...

debía sentir que su misión no podía ser otra que la de un oráculo; mas como el mundo no estaba dispuesto a considerarlo un nuevo Isaías, era menester sentirse el perseguido, era menester sentirse Job.

Para mejor darle la sensación de la adversidad instaurada contra él, la resolución gubernamental que exige título habilitante para el ejercicio de la docencia, al privarlo de su condición de "maestro" lo convierte en mártir. Desde entonces la pobreza será su orgullo y el infortunio su actitud. La sociedad lo persigue... aunque el gobierno de Buenos Aires creara para él un cargo que contemplaba la indisciplina habitual de los poetas. La sociedad lo persigue y—claro está—él alza su voz airada contra la sociedad. Todos los desheredados son su hermanos y, "primus inter pares", él es el apóstol de "la chusma". El dolor es una dignidad, y desde la desventura su voz se alza más noble, flamígera e insobornable. Mas esa dignidad también exige sacrificios: todo lo que posee está a disposición del primero que lo reclame, y más de una vez entrega hasta su lecho. Nada es suyo, todo es de todos, y si pide con el desenfado de los prodigios es siempre para destinar la mitad "a sus hijos". Es el apóstol—decíamos,—y la condición de tal implica también convencionalismos: uno de los discípulos le reprocha amargamente su cuidado en el vestir.

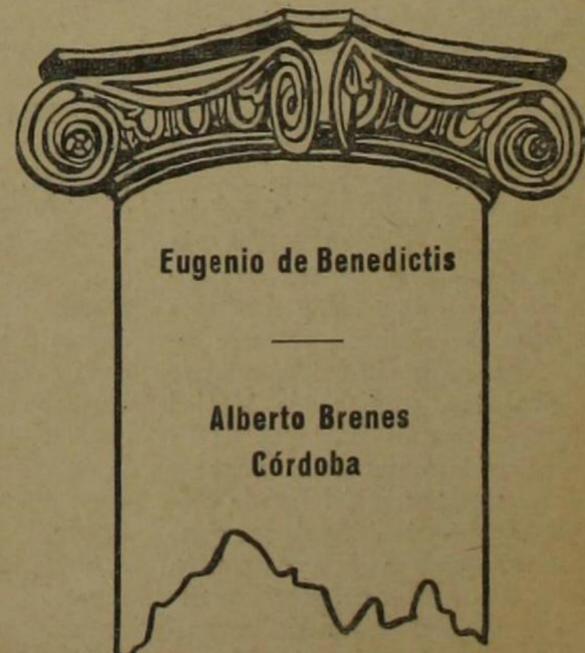
Claro está que no se adopta y se cumple esa actitud de generosidad sin límites sin poseer cierta vocación de santo. A tanta abnegación como ella entrañaba únese en Almafuerte para tornar dramática su existencia opacible la conciencia del fracaso de esa actitud. No fueron ingratos—no,—sus contemporáneos con el hombre que allá por el año de nuestro centenario suscitó en Madrid un acalorado debate periodístico acerca de si era él o Rubén Darío el primer poeta de América... No; sus contemporáneos valoraron en exceso el mérito de su obra y también admiraron la belleza de su vida, pero en la mezquindad del mundo en que vivimos terminó por no cuajar lo providencial. El "apóstol" tuvo sus discípulos, y los compadres orilleros de La Plata halagaron sus tardes y sus noches con el rasguear de sus guitarras en la casa de puertas siempre abiertas de Tolosa. Pero el "profeta" desentonó a la larga en el ambiente de áurea mediocridad de la felicidad argentina. Su voz patética reclamaba una

nueva Babilonia, y tan sólo la tragedia de Europa en guerra convenía a su entonación exaltada. Poco antes de morir, el "Apóstrofe" fue el momento supremo de su vida.

¿Qué motivos inducen a Jorge Luis Borges a suponer que "en plena barbarie" Almafuerte habría fundado una religión? ¿Adviértese en el ingenuo teorizante de las "Evangélicas" la pasta de genio que ofreció al mundo al arquetipo descalabrante de Zaratustra? Si hubiéramos de situar a Almafuerte por medio de términos de relación en el panorama del espíritu argentino, habría que acudir inevitablemente al ejemplo de Walt Whitman. Sin su inspiración austera y trascendente, sin su severo y subyugante lirismo épico, que lo convierte en el poeta de América, Almafuerte aseméjase al patriarca de Manhattan por la pureza de su vida y la predisposición profética de su obra. Todo los emparenta, hasta la misogenia y el sentido apostólico de la existencia y la conciencia de la propia predestinación. En el varón del Norte encontró Almafuerte su modelo, su pauta, aunque nunca lo dijera. Pero un "autorretrato ideal" suyo nos señala claramente la aspiración a revivir el honor de Walt Whitman. Toque más, toque menos, Almafuerte, que en su juventud creyó que la pintura era su instinto, reproduce allí el rostro grave y majestuoso de aquél. Eso es lo que él hubiera deseado ser: augusto varón de barbas mosaicas, rodeado de una aureola bíblica. No llegó a tanto, ni física ni espiritualmente, pero ese anhelo ennoblecía su vida y alentó su obra y dió así a la tierra de los argentinos una de esas glorias secretas, íntimas, psicológicas—que valen a veces más por lo que pudieron ser que por lo que realmente fueron,—que son patrimonio exclusivo de los países de exaltación.

ADOLFO MITRE

Buenos Aires, febrero de 1942.



Esta es la columna miliaria del Rep. Amer. En ella inscribimos los nombres de los suscritores que por años de años, hasta el final de sus días, le dieron su apoyo. ¡Ricos de espíritu fueron!

AHORRAR

es condición sine qua non de
una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del
buen éxito

LA SECCION DE AHORROS

— DEL —

Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

está a la orden para que Ud.
realice este sano propósito:

AHORRAR